

# Sobre las Direcciones Filosóficas Fundamentales

(Del libro en preparación: **Introducción a los Problemas de la Filosofía**)

Por RICAURTE SOLER

El estudio de lo real, por oposición a lo aparente (ontología), constituye uno de los aspectos fundamentales de la filosofía. Como ya se ha indicado, desde la época moderna las ciencias positivas han restringido notablemente el campo de las disciplinas antiguamente consideradas como filosóficas. Esta restricción no ha alcanzado a la ontología, y otro tanto puede afirmarse de la gnoseología (Teoría del Conocimiento). Desde este punto de vista ontología y gnoseología pueden considerarse como las disciplinas filosóficas fundamentales. Por su esencia, y por su objeto, no son susceptibles de ser reducidas al conocimiento particularizado, especializado, de las ciencias positivas. Tal independencia, relativa, no implica, bueno es recordarlo, separación absoluta ni, menos aún, irreconciliable antagonismo.

## SOBRE LAS DISCIPLINAS FILOSOFICAS FUNDAMENTALES.

La gnoseología tiene como objeto el estudio del conocimiento en sus aspectos más generales y esenciales. Las condiciones, la verdad y la falsedad del conocimiento, cuentan entre los aspectos a que se hace referencia. El desarrollo mismo del conocimiento, considerado éste como un proceso, cuenta igualmente entre aquellos aspectos. El conocimiento se distingue así de la realidad u objeto conocido. Esta distinción fundamental la que se establece entre gnoseología (estudio del conocimiento) y ontología (estudio del objeto o realidad conocida). Distinción que, nuevamente, no puede tomarse en el sentido de separación o independencia absoluta, pues una teoría en torno al objeto (ontología) implica una ten-

dencia hacia determinada, o determinadas, teorías en torno al conocimiento (gnoseología), de la misma manera que una teoría en torno al conocimiento implica una tendencia hacia determinada, o determinadas, teorías en torno al objeto.

De lo anteriormente expresado se desprende que la gnoseología es el estudio de una relación, puesto que el conocimiento es, en última instancia, una relación; la relación que existe entre el sujeto (individual o colectivo) que conoce y el objeto conocido. La manera como se enfoque el problema de los orígenes, condiciones, desarrollo y esencia de esa relación determina las diferentes teorías gnoseológicas que han aparecido en la historia de la filosofía, que es por ello, en gran parte, la historia de la gnoseología.

Abstracción hecha de las particulares modalidades que han presentado las teorías gnoseológicas en la historia de la filosofía, un análisis de las mismas, al igual que un análisis de la relación Sujeto-Objeto (o lo que es lo mismo, un análisis del conocimiento) demuestra que dos son las posiciones gnoseológicas fundamentales e irreductibles. Tales posiciones derivan de la primacía que en el conocimiento se le reconozca a uno de los dos términos de la relación Sujeto-Objeto. La primacía reconocida al sujeto cognoscente da origen a las diferentes variantes del **idealismo**, de la misma manera que la primacía atribuida al objeto, o realidad conocida, da origen al **materialismo** en su diferentes modalidades. **Materialismo** (o **realismo**) e **idealismo** son, desde este punto de vista, las posiciones gnoseológicas fundamentales. En cuanto una posición gnoseológica implica una ontología, o si se quiere, en cuanto una posición en torno a la relación Sujeto-Objeto implica una posición en torno al objeto contenido por esa relación, **materialismo** e **idealismo** no sólo son las tendencias gnoseológicas irreductibles, sino incluso las **direcciones filosóficas** fundamentales.

En cierto sentido, entre estas direcciones filosóficas la materialista es más próxima a los supuestos del conocimiento común, cotidiano. Para el materialista, en efecto, más **MATERIALISMO** allá del sujeto cognoscente hay un mundo exterior, independiente de mi pensamiento, de mi conciencia. Pero hasta aquí llega la coincidencia entre el materialismo filosófico y el realismo "ingenuo", no filosófico, del hombre cotidiano. El materialismo filosófico no sólo reconoce la exterioridad de un mundo, de una realidad que está frente al sujeto, sino que investiga también la manera como las leyes de esa realidad exterior se proyectan sobre la conciencia, sobre el pensamiento. Si bien considera que la conciencia y el pensamiento no son más que reflejos, siempre aproximados, de la realidad exterior (realidad física, biológica, histórica, etc.) las naturales exigencias teó-

ricos de este punto de partida lo impulsa a estudiar sistemáticamente el desarrollo del pensamiento, de la conciencia, a partir de los factores objetivos —determinantes de la realidad exterior— que la condicionan. Para el materialista, entonces, lo espiritual —la conciencia, la libertad, la voluntad, la emotividad— no es negado, sino explicado a partir de la realidad exterior material que suministra las condiciones en función de las cuales se hizo posible en los animales superiores, particularmente en el hombre, el desarrollo de lo que habitualmente designamos con el término de "espíritu". Esta es, precisamente, la posición del materialista. De ahí la íntima relación entre la ontología y la gnoseología materialistas.

Muy otra es la posición del idealista. Este, por el contrario, parte de la primacía del sujeto en la relación Sujeto-Objeto. Si para el materialista en el pensamiento del sujeto se reflejan las leyes de lo real que existe más allá de la conciencia, para el idealista el objeto sólo es conocido en función de las leyes de la conciencia del sujeto que conoce. No es ahora el objeto, la realidad exterior al sujeto, el que "transmite" sus leyes a la conciencia cognoscente. El punto de partida se invierte radicalmente. Es la conciencia, o mejor, las leyes de la conciencia, la que "invade" la esfera del objeto que sólo en ese caso es cognoscible. No habría objeto sin conciencia cognoscente. La estructura del objeto depende de la trama de leyes de la conciencia. No es el objeto el que tiene leyes, sino la conciencia; por tanto de las leyes de mi conocimiento del objeto, de las leyes de mi conocimiento de la realidad, dependen el objeto y la realidad que conoce mi pensamiento. Mi pensamiento, pues, no refleja la estructura del objeto al cual se refiere, sino que la estructura del objeto al cual se refiere mi pensamiento refleja la estructura del pensamiento que lo pienso. O, para decirlo más brevemente, el pensamiento no refleja la realidad pensada, sino que la realidad pensada refleja la estructura del pensamiento pensante.

Difícilmente podrían darse posiciones más irreductibles. Pero la oposición entre idealismo y materialismo no se limita al aspecto gnoseológico. De la misma manera como hemos señalado el nexo existente entre el realismo gnoseológico y la ontología materialista podríamos mostrar igualmente el vínculo indisoluble que une el idealismo con la ontología espiritualista, es decir, con la posición que admite la existencia de una realidad espiritual —alma, Dios, etc.— independiente de la materia, y ésta incluso, dependiente de aquélla.

El materialismo, decíamos, no niega lo espiritual —entendido como conciencia, libertad, etc.— sino que lo explica a partir de la realidad exterior al pensamiento. De igual modo, la mayor parte de las direcciones idealistas no niegan la materia exterior al espíritu, pero la explican a partir

del espíritu. No se explica lo espiritual a partir de lo material, sino lo material a partir de lo espiritual. Esta es, por ejemplo una de las premisas del espiritualismo cristiano que no obstante reconocer la realidad exterior del mundo la hace derivar de un acto de creación del espíritu divino (ontología espiritualista), y no obstante reconocer leyes objetivas —causales por ejemplo— en el mundo material, su conocimiento lo hace derivar de las facultades propias de un alma inmaterial. El ejemplo muestra que los elementos realistas quedan en última instancia desdibujados en razón de la ontología espiritualista previamente aceptada. La tesis materialista fundamental según la cual la estructura de la conciencia depende de la estructura de la realidad exterior es negada en el espiritualismo cristiano precisamente porque de acuerdo con la ontología espiritualista que lo caracteriza la conciencia no puede derivar de lo material (mundo exterior) sino de lo espiritual (Dios). Este ejemplo muestra, una vez más, la íntima relación existente entre las posiciones gnoseológicas y las ontológicas. El ejemplo revela, por otra parte, el nexo imposible que a veces intenta establecer el idealismo gnoseológico con la ontología materialista.

Materialismo e idealismo, con ser las posiciones gnoseológicas fundamentales, y precisamente por ello, se encuentran lejos de haber derivado de tendencias históricas, del pasado, sin mayor eficacia dentro de la discusión filosófica contemporánea. Materialismo e idealismo constituyen, por el contrario, posiciones fundamentales e irreductibles, tanto en la filosofía del pasado como en la actual. Las complejidades que son propias a cada una de estas tendencias no hacen sino contribuir a hacer notablemente fecundas, desde el punto de vista filosófico, las tensiones y las polémicas entre estas dos direcciones de la investigación.

#### PROBLEMAS DEL MATERIALISMO Y DEL IDEALISMO.

Existen, efectivamente, las complejidades a que aludimos. Para la posición materialista no es tarea fácil explicar la conciencia a partir de la materia. Pareciera, a primera vista, que un abismo insalvable separa la materia del pensamiento. En su modalidad materialista —consecuencia lógica de un realismo coherente— el realismo se ve precisado a vincular lo más estrechamente posible la materia y el pensamiento. De ahí que el materialismo mecanicista considere el pensamiento como una "secreción" del cerebro. De ahí que el materialismo dialéctico lo considere un "reflejo" de la materia. "Secreción" o "Reflejo", siempre el pensamiento, la voluntad, los sentimientos, el espíritu en una palabra, se nos aparece como inespacial, en tanto que la materia se nos aparece acompañada de la determinación espacial. Como —pregunta el

idealista— hacer derivar lo inespacial (el espíritu) de lo que siempre es espacial (la materia)? El materialismo responde a la pregunta acudiendo en particular a teorías de la ciencia psicológica (para explicar el desarrollo de la conciencia individual) y a teorías de la ciencia sociológica (para explicar el desarrollo de la conciencia social).

El idealismo, por su parte, tampoco está exento de dificultades. Si constituye un problema filosófico explicar la conciencia a partir de la materia, no es menor el problema que supone explicar la materia a partir de la conciencia. Si no se comprende que lo espacial (la materia) dé origen a lo inespacial (la conciencia), menos podrá comprenderse que lo inespacial dé origen a lo espacial. Precisamente en este sentido se orientaba la crítica de Aristóteles al idealismo de Platón. Cómo, preguntaba Aristóteles, es posible que el mundo material sea un reflejo de las ideas —tal como afirmaba el idealismo platónico—, si las ideas, por inmatrimales, no pueden por sí mismas dar origen a lo material?. El idealismo, por otra parte, presenta la dificultad de pretender resolver los problemas que son inherentes a esta posición acudiendo a la noción de Dios, con lo que en última instancia resuelve la filosofía en una teología. Este acudir a Dios, en el idealismo, deriva de un planteamiento tan elemental como escamoteado en su simplicidad: puesto que la conciencia no deriva de la materia, su origen habría de encontrarse en una conciencia superior, incondicionada y absoluta (Dios).

Las dificultades que hemos señalado en torno a los planteamientos materialista e idealista no sugieren, en modo alguno, que estamos frente a problemas falsos o carentes de fundamento. El hecho de que trascienden las modalidades de las creencias comunes y el hecho de que incluso escapen a las ciencias particulares como tales los sitúan, precisamente, dentro del marco de las discusiones filosóficas. Los supuestos del materialismo y del idealismo están presentes en la manera como enfocamos problemas de carácter científico y no desaparecen ni aún cuando intentamos comprender fenómenos de orden social o político. Es por ello que materialismo e idealismo, correctamente comprendidos, constituyen tendencias con implicaciones no solamente teóricas, sino incluso prácticas. Un problema moral concreto, por ejemplo, toma diferente matiz según que se acepte o no la dependencia del espíritu con respecto al mundo material. Si esa dependencia es negada, se tenderá a hacer derivar toda norma ética de las exigencias propias del espíritu del hombre, o en última instancia, del espíritu divino. Si, por el contrario, es afirmada, se tenderá entonces a hacer derivar las normas morales de las exigencias de la conciencia individual y colectiva en su proceso de adaptación y de dominio de la realidad exterior que ella refleja. Del idealismo surge entonces una moral absolutista e inmutable (las leyes morales se-

rían de validez absoluta y, por otra parte, serían siempre las mismas en todo tiempo y lugar), puesto que el espíritu no es cambiante, y menos aún el espíritu divino. Del materialismo surge, por el contrario, una moral relativista. Las leyes morales estarían condicionadas por la situación histórica y social; esas mismas leyes morales son modalidades de la conciencia cambiante del hombre en su proceso de adaptación y dominio de la realidad exterior que ella refleja, y que es también cambiante.

Realismo e idealismo (como posiciones gnoseológicas), lo hemos visto, se encuentran íntimamente vinculados al materialismo y al espiritualismo (como posiciones ontológicas). Las proyecciones de ambas tendencias alcanza incluso la actividad práctica. Análoga vinculación podríamos establecer entre el realismo y el empirismo, por una parte, y el idealismo y el racionalismo, por la otra. Cabe hacer, sin embargo, la reserva de que, como en los casos anteriormente señalados, las relaciones que establecemos responden más a la necesidad interna de las posiciones que a la manera como históricamente se han presentado, en los diferentes sistemas filosóficos, estas mismas relaciones. Ha habido sistemas idealistas, con elementos materialistas, y sistemas materialistas, con modalidades idealistas. De la misma manera que ha habido sistemas idealistas con elementos empiristas, al igual que sistemas realistas con implicaciones racionalistas (o aprioristas).

Como adelantábamos, existe cierta solidaridad entre el idealismo y el racionalismo, entendiendo por tal la posición gnoseológica que afirma que las leyes de la mente y la estructura de la conciencia,

#### MATERIALISMO Y EXPERIENCIA IDEALISMO Y RAZON

tienen su origen en la mente y en la conciencia misma, independientemente de todo contacto (experiencia) que haya podido establecerse entre mente y conciencia, por una parte, y el objeto al cual se refieren, por la otra.\* La anterior enunciación de lo que es el racionalismo muestra, efectivamente, el nexo lógico que lo vincula al idealismo.

---

\* Empleamos el término empirismo para designar la posición filosófica que en cuanto al origen de los conceptos afirma su génesis en la experiencia. Sólo en este sentido el materialismo es empirista. Pero de ninguna manera lo es si con el término empirismo se intenta designar la posición que sostiene que sólo el conocimiento sensible es legítimo. Esa tesis conduce al agnosticismo (no es posible el conocimiento de la realidad), punto de vista inaceptable para un materialista.

Por otra parte el materialismo es racionalista si por racionalismo se entiende la posición que afirma la capacidad de la razón para comprender la realidad. Desde ese punto de vista el materialismo combate las corrientes irracionistas (la intuición, la fe, la emotividad, la voluntad, etc., pero nunca la razón, como instrumentos del conocimiento) de la filosofía contemporánea.

El idealismo, como lo hemos señalado y repetido, sostiene que en el proceso del conocimiento la estructura de la conciencia cognoscente determina la aprehensión del objeto, de la realidad. Si la realidad, si el objeto, si el mundo exterior, se nos presenta regulado de acuerdo con determinadas leyes o constantes, esto no significa otra cosa, para el idealista, que las leyes y constantes, que creemos pertenecen a la realidad, no son otra cosa que las leyes y constantes de la conciencia, de la mente, del espíritu que conoce la realidad. La realidad queda así condicionada, determinada por la mente que la conoce; depende de la conciencia, de las leyes y constantes de la conciencia que conoce. Esta posición, evidentemente, es asimilable al racionalismo, en el sentido de que se hace compatible la afirmación idealista de que la conciencia cognoscente determina el objeto conocido con la afirmación racionalista de que la conciencia (o razón) cognoscente posee una estructura propia que no deriva del contacto con el objeto. La afirmación opuesta, la afirmación empirista (la estructura de la razón depende del contacto entre el sujeto y el objeto), supone, por el contrario, la posición realista, (o materialista) es decir la posición según la cual la realidad conocida determina la conciencia que conoce. Un nexo lógico une, pues, el idealismo con el racionalismo. Si se acepta la determinación del objeto por parte del Sujeto (idealismo), es normal afirmar que las leyes de la conciencia del sujeto no dependen del contacto con el objeto (racionalismo). Si se acepta la determinación del sujeto por parte del objeto (realismo), es natural afirmar que las leyes de la conciencia del sujeto dependen de su contacto con el objeto (empirismo). Estas relaciones nos permiten incluso afirmar que el racionalismo no es más que el idealismo en cuanto éste se plantea el problema del origen de las leyes de la razón, y el empirismo no es más que el realismo planteándose el mismo problema. El siguiente ejemplo esclarecerá lo anteriormente expresado:

Se reconoce habitualmente que el principio lógico de identidad: **todo lo que es es**, expresa una ley de nuestra razón. Pues bien, para el idealista, **porque todo lo que es es**, es una ley de la razón, yo conozco las cosas como siendo lo que son y no pudiendo ser lo que no son. El racionalista complementa la posición afirmando que la ley de que **todo lo que es es**, es propia de la razón y no depende más que de ella misma. Para el realista el problema se plantea en sentido inverso. Porque **todo lo que es es**, es una ley del objeto (estático, o relativamente estático), para mi razón, que refleja las leyes del objeto, también todo lo que es es. El empirista complementa esta posición afirmando que la ley de la razón **todo lo que es es**, se origina, deriva del objeto que mi razón conoce. En resumen, para el idealista-racionalista la iden-

tividad es una ley del objeto porque es primero una ley del sujeto que lo conoce. Para el realista-empirista la identidad es una ley del sujeto porque es primero una ley del objeto que se conoce. Las posiciones filosóficas dialécticas niegan la permanente identidad de las cosas consigo mismas. La posición del materialismo dialéctico se plantea entonces de la siguiente manera: Porque la contradicción de las cosas consigo mismas es una ley de la realidad, mi conciencia reconoce (refleja) esa contradicción en el proceso del conocimiento.

Las anteriores consideraciones nos permiten ya establecer cual es el criterio de la verdad característico de las dos direcciones gnoseológicas fundamentales. Se comprende que, según que se adopte la posición materialista o la idealista, el criterio general para determinar cuándo un conocimiento es verdadero y cuándo no lo es, habría de diferir substancialmente. Esos criterios no son otros que la **coherencia** para el idealismo y la **práctica** para el materialismo.

Como quiera que, para el idealista, las leyes de la conciencia cognoscente condicionan y determinan el conocimiento del objeto, un concepto, juicio, teoría o sistema será verdadero en la medida en que **no contradice** la estructura de la conciencia, o, si se quiere, en la medida en que no contradice las leyes de la razón. Para el idealista, en efecto, la razón tiene sus propias leyes, inherentes, immanentes. Esas leyes las estudia, preferentemente, la **Lógica**, es decir, la disciplina filosófica que se aboca a la investigación de las leyes de la razón, las leyes que relacionan los puros pensamientos, con prescindencia de aquello (**contenido o materia**) a lo cual esos pensamientos se refieren. De todo ello resulta que el criterio de la verdad para el idealista será el criterio **lógico**, es decir, el criterio de la **coherencia** de los pensamientos. Y esto se comprende, puesto que el idealista considera que aquello a lo cual el pensamiento se refiere (el contenido) está determinado, "legislado", por la estructura del pensamiento mismo.

Importa, sin embargo, comprender aún más profundamente el sentido de la coherencia en el idealismo. Un raciocinio **falso** puede ser coherente, y no se comprendería así cómo la coherencia puede ser el criterio de la verdad o de la falsedad. Si decimos: Todos los hombres son inmortales, yo soy hombre, yo soy inmortal, tendríamos un raciocinio en apariencia coherente (no hay contradicción en las proposiciones) y sin embargo falso. El idealista consideraría, sin embargo, que el criterio de la coherencia ha sido el que precisamente da la clave de la falsedad

del raciocinio expuesto, como quiera que la primera premisa es incoherente por no ser compatible la noción o concepto de hombre con la noción o concepto de inmortal.

Importa todavía intentar un último esclarecimiento en relación con la coherencia como criterio de verdad del idealismo. Hasta ahora hemos insistido en la coherencia lógica (relaciones entre los conceptos, juicios, raciocinios) porque este es el criterio de la verdad del **idealismo lógico**, que es el tipo de idealismo que preferentemente hemos caracterizado. Pero además del idealismo lógico —es decir la posición que considera que las leyes de la conciencia **racional**, o leyes del pensamiento, determinan el conocimiento del objeto— podría distinguirse el **idealismo psicológico**, y aún, el **idealismo objetivo**. En esos casos el criterio de la verdad continuaría siendo la coherencia, pero diferentemente comprendida.

Para el **idealismo lógico**, tal como lo hemos señalado, el conocimiento de la realidad depende de las leyes de la **conciencia racional**, es decir, de la conciencia entendida como razón, y más particularmente, como concepto, juicio, raciocinio. Desde este punto de vista todo conocimiento verdadero no podrá estar en contradicción con las leyes de la razón. Si se considera, por ejemplo, que los principios lógicos supremos son las supremas leyes de la razón, ningún conocimiento verdadero podrá estar en contradicción con aquellas leyes o supremos principios. Más concretamente, ningún conocimiento podrá estar en pugna con el principio lógico de identidad (todo lo que es verdad es verdad) o con el principio lógico de no contradicción (nada puede ser cierto y falso al mismo tiempo), o con el principio lógico de tercero excluido (todo debe ser verdadero o falso: no hay término medio). La coherencia que pide el idealismo lógico es pues la coherencia lógica, racional.

Para el **idealismo psicológico** —Berkeley, como veremos, es un representante— el conocimiento de la realidad depende de las leyes de la **conciencia psicológica**, es decir, de la conciencia entendida como vivencia, representación, sentimiento, etc. Pues hay, efectivamente, una diferencia entre la conciencia lógica y la psicológica, o si se quiere, entre lo lógico y lo psicológico. La alegría, por ejemplo, es una emoción, algo que "vivo", que "siento", es algo psicológico. El concepto de la alegría —concepto que puede ofrecérseme a través de cualquier definición de la alegría— no es sin embargo algo que "vivo" o que "siento", es algo lógico. La alegría psicológica, la que efectivamente siento, es, por otra parte, mía, más o menos intensa, más o menos deseada. La alegría lógica, la que no siento sino que simplemente pienso a través del concepto de alegría no es ni más o menos intensa, ni más o menos deseada, ni más o menos mía. Es una alegría puramente pensada, **lógica, racional**. Pues bien, de la misma manera que el idealismo lógico

supone que hay leyes de la conciencia lógica, el idealismo psicológico supone que hay leyes de la conciencia psicológica (las leyes de la asociación de las vivencias, sentimientos o representaciones por ejemplo). Y de la misma manera que para el idealismo lógico es verdadero el conocimiento que no infringe las leyes de la conciencia lógica (de la razón), para el idealismo psicológico será conocimiento verdadero el que no infringe las leyes de la conciencia psicológica. Pero tanto en uno como en otro caso las leyes de la conciencia —lógica o psicológica— determinan el conocimiento de la realidad a la cual esa conciencia se refiere (*idealismo subjetivo*).

Para el *idealismo objetivo* —Platón cuenta entre sus representantes más caracterizados— hay un mundo de ideas que subsisten independientemente de toda realidad material, e incluso, independientemente de toda conciencia cognoscente. El problema de la realidad de las relaciones ilustra convenientemente la posición idealista objetiva. Una relación cualquiera, "al norte de" o "más grande que", por ejemplo, subsistiría para el idealista objetivo, aunque no hubiese ningún sujeto en el mundo que conociera esa relación, y aunque no hubiera nada en el mundo sensible de lo cual se pudiera decir que está "al norte de" o que es "más grande que". Esto sostenía, por ejemplo, Bertrand Russell cuando iniciaba su producción filosófica. Como se ve, este tipo de idealismo ofrece características muy peculiares; la realidad material no está determinada por las ideas de la conciencia cognoscente, sino más bien por ideas que existen "realmente" más allá de la conciencia que conoce y más allá del mundo material. El criterio de la verdad, para este tipo de idealismo, presentará también, por ello, características muy particulares. Puesto que las ideas del sujeto no son más que reflejos —recuerdos diría Platón— de las ideas del mundo de las ideas, o "mundo inteligible", se considerará conocimiento verdadero aquel que no contradice (coherencia) las leyes de la conciencia, pero en tanto que esas leyes de la conciencia a su vez correspondan, o reflejen, el orden o estructura del "mundo objetivo" de ideas subsistentes, exteriores a la conciencia. Aunque desde un punto de vista idealista, el idealismo objetivo, además de la coherencia, introduce, en cierto sentido, el criterio de la verdad característico del realismo: la correspondencia.

La radical diferencia de posición del idealismo y del materialismo conlleva, naturalmente, la diversa fundamentación del criterio de la verdad. Fácil es concebir que si para el idealista la coherencia del pensamiento, por ser éste determinante de la realidad exterior, nos da la clave del conocimiento verdadero, para el realista será la correspondencia del pensamiento, con la realidad.

LA CORRESPONDENCIA MATERIALISTA.  
LA PRACTICA.

que reflejo, el natural criterio de la verdad. Si el pensamiento es expresión, reflejo, de la realidad, conocimiento verdadero será el que correctamente exprese o refleje la realidad a la cual se refiere el pensamiento.

Una correcta interpretación del criterio materialista de la verdad exige, sin embargo, algunas precisiones. En primer lugar, el criterio de la correspondencia no niega la necesidad del pensamiento coherente, sometido a las leyes de la lógica. Pero interpreta, desde su ángulo de visión, el por qué de la necesidad y el por qué del valor relativo del criterio lógico-formal de la coherencia. Para el materialista, efectivamente, el pensamiento no puede ser incoherente, ilógico, puesto que la conciencia lógica, es decir, la conciencia, sometida a las leyes que rigen la formación de conceptos, juicios y raciocinios, está reflejando leyes que rigen la estructura relativamente estable de la realidad exterior al sujeto. La coherencia, y la conciencia lógica, son pues válidas en cuanto y por cuanto está expresando (correspondiendo) a la estructura de la realidad exterior. En este sentido se orienta el realismo en la vertiente que podríamos denominar del **materialismo mecanicista**.

En segundo lugar importa también señalar que, puesto que la conciencia lógico-formal es expresión de la realidad, esta conciencia no tiene por qué arrogarse la pretensión de ser la única expresión de la realidad. Otras expresiones, otros reflejos, otras "lógicas" son posibles. Y todo ello depende, naturalmente, de la realidad misma. La conciencia lógica, la de la coherencia, se estructura sobre la base del principio lógico de que lo que es es (principio de identidad), y en general, sobre la base de los principios lógicos supremos. Pero si en la realidad reina la contradicción —como ya lo señalaba Heráclito— se hace imperativo estructurar una nueva lógica —como lo comprendió Hegel desde una perspectiva idealista-objetiva. Esa otra lógica, que reconoce la contradicción en todo, sería también expresión o reflejo de lo real. La lógica de la identidad, y la lógica de la contradicción serían, una y otra, expresión de lo real (correspondencia). La de la contradicción, por más general, fundamentaría incluso la de la identidad. En este sentido se orienta el materialismo en su dirección *dialéctica* (el materialismo de Marx y Engels).

En tercer y último lugar importa observar que la correspondencia, para el materialismo es sí un criterio válido pero se muestra aún, en sí mismo, relativamente ineficaz en razón de su generalidad. Válido como criterio general, abstracto, no es siempre eficaz cuando se trata de determinar la verdad o falsedad de conocimientos concretos y, hasta

cierto punto, incontrolables. Es por ello que la correspondencia supone y exige la **práctica**, es decir, la determinación, por la actividad práctica del hombre, del grado de exactitud o corrección de conceptos, teorías y sistemas.

La práctica se entiende, naturalmente, en diversos sentidos. Práctica es el experimento de laboratorio que determinará la exactitud de una teoría científica y práctica es la acción colectiva que determinará la corrección de una teoría sociológica o política. Pero en todos los casos, en todos los sentidos, la práctica supone, desde el punto de vista materialista, su primacía sobre las ideas, sobre las teorías. La afirmación de que la práctica (o *praxis*) constituye el criterio último de la verdad deriva de la comprobación histórica de que la declinación de una teoría no depende fundamentalmente del éxito de la argumentación de las teorías antagónicas, sino de la experiencia colectiva (práctica social) que en cada momento del desarrollo abandona las ideas ineficaces para el dominio humano de las leyes naturales y de las leyes sociales. El reconocimiento de la primacía de la práctica deriva también de la impotencia del pensamiento para extraer, de sus propias virtualidades, un elemento de comparación y comprobación con la realidad. De la confrontación de conceptos sólo surgen conceptos. Es la confrontación de conceptos, teorías y sistemas con la realidad la que da origen al descubrimiento de la verdad y al enriquecimiento del conocimiento. Es en este sentido que el materialismo afirma que el problema de la verdad no es un problema teórico, sino práctico: "El problema de si puede atribuirse al pensamiento humano una verdad objetiva no es un problema teórico sino un problema práctico. Es en la práctica donde el hombre debe demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poder, la terrenalidad de su pensamiento. La disputa en torno a la realidad o irrealidad del pensamiento —aislado de la práctica— es un problema puramente escolástico" (Marx).

Una última explicitación exige la cabal comprensión del criterio materialista de la verdad. Hemos adelantado que el problema de la verdad no es un problema teórico sino práctico. Cabe añadir que la verdad no es algo perenne sino un **desarrollo**, exactamente como hay un desarrollo de la realidad y en la misma forma como hay un desarrollo de la práctica.

Las posiciones filosóficas que parten de la premisa de que la verdad es permanente suponen con toda necesidad que en la realidad existen estructuras —las fundamentales— invariables, perennes. La verdad, en tanto que conocimiento de esas estructuras permanentes es por tal motivo, ella misma, permanente. El materialismo actual, es decir, el materialismo dialéctico, afirma por el contrario la variabilidad

y transformación incesantes de la realidad, y por tanto de las verdades alcanzadas por el hombre a través de la práctica social (dirigida al conocimiento y dominio de esa realidad cambiante). En este sentido cabe afirmar que la verdad es "histórica" (dialéctica) y que sólo en los momentos relativamente estables de esa historia de la verdad ésta se nos aparece "matemática" (formal, siempre igual, estable).

La práctica como criterio de la verdad, y la esencia histórica de la misma, constituyen, pues, determinaciones fundamentales de la teoría materialista del conocimiento. Es correcto afirmar que, en tal sentido, el materialismo es una teoría de la práctica. Por ello mismo, el materialismo es también la práctica de una teoría. El materialismo reconoce a la acción y al pensamiento la misión de humanizar al mundo transformándolo mediante su conocimiento y dominio. Y la misión de humanizar al hombre mediante el conocimiento y dominio de su ser social. Nada mejor que recordar a este respecto la conocida tesis marxista: "Los filósofos sólo han interpretado el mundo de diferentes maneras; de lo que se trata es de transformarlo".

(Panamá, Marzo de 1960)